

PETICION Y COLOQUIO.

Haced, oh Señor! que no esté mudo cuando se trata de pedirlos, de suplicarlos, de alabarlos, de confesar en vuestra presencia mis miserias y mis pecados; de edificar á hermanos, de reprenderlos con dulzura y de consolarlos con bondad. ¡Oh Jesús! decid en alta voz á todas las potencias de mi alma, como dijisteis al sordo y mudo: ¡abiertos! para que únicamente abiertos para vos, de vos solo se llenen y queden para siempre cerradas á todo lo que es terreno. Amen.

MEDITACION CXXXI.

SEGUNDA MULTIPLICACION DE LOS PANES.

San Marc., c. VIII, v. 1, 10.
San Mat., c. XV, v. 32, 39.

La ciencia, la bondad y la potencia de Dios; tales son los fundamentos de nuestra confianza en él.

PUNTO I.

DE LA CIENCIA DE DIOS, PRIMER FUNDAMENTO DE NUESTRA CONFIANZA EN ÉL.

“En aquellos días siendo de nuevo grande la multitud, y no teniendo qué comer; llamados así los discípulos, les dijo: me dan compasión estas gentes; porque ha ya tres días que se detienen conmigo, y no tienen qué comer... Y no quiero enviarlos en ayunas... Y si los envío á sus casas en ayunas, desfallecerán por el camino: porque algunos de ellos han venido de lejos...”

Ya habia tres días que Jesucristo habia vuelto de los confines de Tiro y de Sidon, y se mantenía en los contornos del lago de Genesareth, el pueblo que habia ido á encontrarlo, no lo habia dejado ni se habia separado de él. Fué sin duda cerca del fin del tercer día cuando Jesucristo juntó cerca de sí sus discípulos y les expuso el estado en que se hallaba este pueblo y que conocía perfectamente. Lo pasado, lo presente y lo futuro, nada puede esconderse á su divino conocimiento.

Primero. *Lo pasado.* Jesús recuerda á sus discípulos que son ya tres días que este pueblo lo sigue... El sabe cuánto tiempo ha que nosotros lo servimos, y tiene contados todos los momentos... Este divino Señor añade... “*Algunos de estos han venido de lejos...*” No solamente cuenta el tiempo, sino que conoce tambien el mérito de vuestros servicios, sabe cuánto nos ha costado el venir á él, las tentaciones á que hemos resistido, los obstáculos que hemos veni-

do, los sacrificios que hemos hecho. Ha visto hasta el mas mínimo paso dado por él, y de todo conserva la memoria. ¡Ah! ¡cuán dulce es servir un Señor semejante! ¡oh! qué Señor tan diferente es el mundo! Y con todo esto, nosotros confiamos en el mundo, y en el Señor nuestro Dios tenemos una confianza tímida.

Lo presente. Jesús avisa á sus discípulos que este pueblo se halla en una necesidad extrema y no tiene qué comer... En cualquiera situación que nosotros nos hallemos, Dios nos ve y conoce todas nuestras necesidades, conoce nuestra miseria, nuestra pobreza, nuestras pérdidas y nuestras desgracias, nuestras aflicciones y nuestras penas, nuestras enfermedades y nuestros dolores, nuestras tentaciones y nuestra flaqueza y nuestras necesidades temporales y espirituales. Los hombres no las conocen, no pueden ver toda su extension, y muchas veces tampoco las quieren creer. ¿Por qué, pues, poner siempre nuestra confianza en los hombres, y no ponerla en Dios solo, siendo así que él solo conoce todo el rigor de nuestro estado? ¿por qué no buscar en él toda nuestra consolación? ¿y por qué no hallarla en nuestra misma confianza y en el pensamiento de que Dios lo sabe todo y lo ve todo?

Tercero. *Lo futuro.* Jesús hace observar á sus discípulos el peligro que habria de enviar este pueblo sin haberle dado de comer... Es ordinariamente lo futuro lo que nos causa mas inquietud; de lo por venir se sirve el demonio las mas veces para turbarnos y desanimarnos. ¿Pero por qué inquietarnos de un por venir que ignoramos? Dios solo lo conoce; dejémosle á él el cuidado. No solamente ve él lo que está por venir, sino que lo ve con relacion á nosotros, ve lo que puede acaecernos de feliz ó de infeliz, y sabe el medio de apartar de nosotros lo que nos puede ser útil. Pongamos, pues, en él nuestra confianza; con esto todo lo honraremos y encontraremos la calma. La confianza en Dios es el culto mas glorioso que podemos darle, y del que es sumamente celoso, y es para nosotros el origen de la mas sólida felicidad para la paz y para los bienes que nos procura.

PUNTO II.

DE LA BONDAD DE DIOS; SEGUNDO FUNDAMENTO DE NUESTRA CONFIANZA EN ÉL.

Lo primero. *Bondad compasiva, sensible á nuestras necesidades.* Los hombres ven muchas veces nuestras necesidades y se hacen insensibles á ellas: no, no es así el corazón de Dios... Habiendo Jesús llamado á sí sus discípulos, les dijo: “*Me causan compasión estas gentes...*” Su estado me mueve á piedad... ¡Oh amable Salvador! ¿Vos que tenéis un corazón sensible

á todas las miserias, podéis estaros indiferente á vista de las mías sin moveros á piedad?

Lo segundo. *Bondad sabia que discerna nuestras necesidades.* ¿Qué cosa es la que mueve el corazón de Jesús y lo excita á compasión? Es la necesidad, no la codicia, la avaricia ó la ambición. En vano imploramos su socorro para satisfacer nuestro lujo, nuestra sensualidad y nuestros proyectos de fortuna y de engrandecimiento. Esta disposición de nuestro corazón puede encender contra nosotros su cólera, mas bien que excitar su compasión para con nosotros. Pero cuando segun nuestro estado estuviésemos verdaderamente en la necesidad y en la aflicción, no imaginemos que él se esté insensible... ¿Qué cosa es la que mas mueve el corazón de Jesús á piedad? La necesidad sufrida por él por haber querido permanecer con él y ser fieles á su santa ley, porque si por evitar el caer en necesidad quebrantamos su ley, si trabajamos en días prohibidos ó con tanta codicia que no nos quede tiempo para atender á la oración, al sacrificio de la misa, á las buenas obras, á la frecuencia de Sacramentos, si nos servimos de ganancias ilícitas y si empleamos el hurto, el fraude y semejantes artificios; si llegamos á huir de la conducta de Dios, prefiriendo nuestra voluntad á la de aquellos que están establecidos por él para conducirnos, entonces ya no estamos con él, y si padecemos no padecemos ya por él. Si la necesidad en que nos hallamos viene de nuestra negligencia, de nuestra pereza, de nuestro juego, de nuestro lujo, de nuestras disoluciones, de nuestras pasiones, nos debemos lamentar de nosotros mismos, y no podemos excitar la compasión de nuestro Dios sino con volver á él por medio de una sincera penitencia. Finalmente, ¿qué cosa es la que mueve á piedad el corazón de Jesús? La necesidad sufrida con constancia y perseverancia. Porque si nosotros nos conturbamos por necesidades que aun no han llegado, si murmuramos desde el primer momento de la tribulación, no somos dignos de las misericordias de nuestro Dios. Su corazón se moverá de una constancia y de una perseverancia ilimitada, y esta nos hará dignos de tirar sobre nosotros los tiernos sentimientos de su compasión.

Lo tercero. *Bondad eficaz que quiere absolutamente socorrernos en nuestras necesidades.* Habiendo Jesús representado á sus apóstoles que el pueblo que ya por tres días lo seguía, no tenía qué comer, después de haberles dicho que tenía compasión de él, añadió: “*No quiero enviarlos en ayunas...*” de otra manera desfallecerán en el camino...” ¿Entendéis esta palabra vosotros todos los que seguís á Jesucristo y que estáis fielmente unidos á él? Si en su servicio tendreis que sufrir, él experimentará hasta un cierto punto vuestro fervor y vuestra constancia; pero sabe hasta dónde llegan vuestras fuerzas, y permitir que seáis tentados de mas, esto es lo que

no quiere. Paréceos que todo os deba faltar, mostrédes desahogado vuestro estado, os abandonen parientes, amigos y protectores, no os abandonará jamás vuestro Dios, y quiere que seáis socorridos. ¿Pero de dónde vendrá este socorro? Esta es la réplica que hicieron á Jesucristo los apóstoles... ¿En el desierto en que estamos, dónde se ha de sacar pan para tanto mundo de gente? De dónde os vendrá el socorro, vosotros no lo sabéis preverlo. ¿Pero no os basta saber que Dios quiere que os venga y que no quiere que quedéis abandonados en vuestras necesidades? Reposaos tranquilamente en el seno de su infinita bondad, perseverad en los sentimientos de una entera confianza, y no seréis engañados.

PUNTO III.

DE LA POTENCIA DE DIOS; TERCER FUNDAMENTO DE NUESTRA CONFIANZA EN ÉL.

“*Y sus discípulos le respondieron: ¿de dónde podrá alguno en esta soledad hartarlos de pan? Y les preguntó: ¿cuántos panes tenís? Y ellos dijeron siete, y ordenó á las turbas que se sentasen en tierra, y tomando los siete panes, dando gracias, los partió y dió á sus discípulos para que los distribuyesen tambien á las turbas, como les distribuyeron. Tenían algunos pocos pececillos, y los bendijo y ordenó que fuesen tambien distribuidos. Y comieron y se hartaron, y recogieron de los pedazos que habian sobrado siete cestas... Y los que habian comido eran cuatro mil personas... sin los niños ni las mujeres... y los despidió...*”

¿Qué prodigio! ¡qué liberalidad! ¡qué abundancia! Pero este prodigio de su omnipotencia lo renueva Dios aun todos los días en tres maneras. Primera. *En el orden general de la naturaleza.* Todos los años se cubre la tierra de nuevas producciones para suministrarlas lo que basta á nuestras necesidades; las plantas se renuevan, los animales se reproducen y se multiplican los granos. Prodigio tanto mas admirable cuanto es mas constante; prodigio que debería penetrarnos de la mas alta idea de la omnipotencia de Dios y llevarnos del mas tierno reconocimiento. Pero ingratos ó infieles, no miramos otra cosa en esta prodigio que nuestro interés, y olvidados de los bienes del Señor, olvidados la mano poderosa que nos los derrama. Mientras estamos en expectación de este beneficio anual, estamos inquietos, desconfiados y murmurando; y en el gozillo somos ingratos á Dios, damos para con los pobres é injustos con aquellos que tienen derecho á una porción de los bienes que recogemos. Supuesto esto, ¿mereceremos que merecemos las bendiciones de Dios sobre nuestros trabajos, sobre nuestras mieses? ¿No tenemos, por el contrario, motivo

de temer que nuestra codicia y nuestra ingratitude tiren sobre nosotros su maldición?

Segunda. *Este prodigio de omnipotencia se renueva cada día en el orden particular de la Providencia.* Dios tiene medios secretos en favor de aquellos que en él confían, no emplea siempre los milagros para socorrernos, ó los milagros que emplea no tienen siempre aquel esplendor que da en los ojos; son milagros de una providencia atenta, y tanto mas admirable, cuanto es mas escondida. Se hallan aun almas rectas y caritativas que socorren los pobres, alivian los miserables, contribuyen al adorno de los templos, se ofrece á todas las obras buenas, y esto no obstante, no les falta cosa alguna. Cuanto mas dan, tanto mas tienen, sin saberse ni cómo ni de dónde. Todo les sale y les sucede bien; parece que se les multiplican los bienes en las manos, y lo que dan es como la simiente, que produce el ciento por uno: este es el efecto de la confianza que tienen en quien es omnipotente y cuya providencia gobierna todas las cosas y á todas las provee.

Tercera. *Este prodigio de la omnipotencia se renueva cada día en el orden de la gracia.* El milagro de la multiplicacion de los panes era la figura del pan eucarístico. ¡Con qué profusion ha provisto el Señor al mantenimiento de nuestra alma! No solo nos da su gracia, si no que se nos da á sí mismo, autor de toda gracia. Si estamos necesitados, si estamos débiles y languidos, la culpa es nuestra. ¡Nos falta por ventura el pan celestial, ó acaso, esto pan de los fuertes está falto de fuerza? ¡Ah! somos nosotros los que le faltamos, los que faltamos á nosotros mismos, y los que nos dejamos morir de hambre en medio de la abundancia, ó sea porque rehusamos como este pan que se nos ofrece, ó sea porque no lo comemos con las debidas disposiciones.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio! vos veis todas mis necesidades temporales y espirituales. Vuestra bondad está movida á compasion y quiere aliviarme, vuestra potencia es infinita y nada os puede resistir. ¿En quién esperaré yo, pues, sino en vos? ¡Ah! Señor, cuanto mayores serán mis necesidades, cuanto mas lánguida estará mi alma, tanto mas estableceré mi confianza en vos. Amen.

MEDITACION CXXXII.

LOS FARISEOS PIDEN UN MILAGRO.

S. Mat., c. XVI, v. 1, 4.—
S. Maro., VIII, v. 11, 13.

“Y habiendo (Jesús) despedido las turbas, entró en una barca... con sus discípulos... y

pasó á las partes de Dalmanutha... á los términos de Magedan...” dos ciudades vecinas situadas sobre el mismo lago. Apenas llegó á la ribera fueron los fariseos á encontrarlo. Consideremos aquí: primero, la conducta de estos fariseos respecto de Jesús: segundo, la conducta de Jesús en orden á ellos.”

PUNTO I.

CONDUCTA DE LOS FARISEOS PARA CON JESÚS.

Lo primero. *Su furor en perseguirlo.* Habiendo llegado Jesús al país de Magedan... “salieron los fariseos y comenzaron á disputar con él...”

¿Por qué motivo estaban los fariseos tan solícitos en hallarse por todas partes por donde andaba Jesús, sino por contradecirle y buscar motivos de sorprenderlo? No temen para esto de acompañarse con los saduceos en este punto se acomodan y se acuerdan con aquellos que tienen los sentimientos mas opuestos á los suyos y que sumamente detestan... En esta reunión del hipócrito con el impio para combatir á Jesucristo, es ciertamente fácil de reconocer la conducta de los libertinos y de los herejes de todos los tiempos; sus compañías, sus juntas, sus cabalas y su rabia para combatir instantemente la Iglesia de Jesucristo y su moral, la virtud y la piedad... de esta misma manera sucede muchas veces que una pasión comun reúne contra un hombre de bien los malos, por divididos que estén entre sí, y que para perder un rival se mendigue el socorro de un excederado que se detesta.

Lo segundo. *La necesidad de su petición.* “Y le suplicaron que les hiciese ver algun prodigio en el cielo...”

¿Por qué fin piden estos una señal en el cielo? ¿qué utilidad, qué sabiduría ó qué virtud contendría este milagro? ¡Ah! la sabiduría de Dios es superior á la de los hombres. Los medios que ella emplea son superiores á cuanto nuestra temeridad se atreve á sugerirle ó á pedirle... “Generación perversa y adúltera; ella pide un prodigio y no se le dará otro prodigio que el de Jonás profeta...” Así les dijo Jesucristo... La señal puesta en la persona de Jonás; Jesucristo muerto y resucitado; he aquí la señal de la sabiduría de Dios, que merece toda nuestra fe, que arrebató todo nuestro amor, que remedia todos nuestros males y provee todas nuestras necesidades... Yo la acepto, ¡oh Salvador mio! yo acepto esta sagrada señal, esta señal adorable de vuestra cruz, esta señal de vuestra ignominia y de vuestra gloria, de mi redención y de mi salud. ¡Ah! esté esta señal impresa en mi frente y estampada en mi corazón; preceda ella todas

mis empresas, sea el principio y el fin de todas mis acciones.

Lo tercero. *La malignidad de su intencion.* ¿Por qué motivo se acercan estos á Jesucristo, disputan con él y le piden un milagro?... *Por tenerlo;* para contradecir este milagro, si lo hace; para desacreditarlo, si lo niega. De hecho, ¿no habian ellos dicho, viendo este prodigio, lo que decian al ver los otros milagros de Jesucristo, esto es, que él obraba en nombre del príncipe de los demonios? Esta es la segunda vez que pidieron un prodigio en el cielo. Sabian bien que se les negaría y no se habian olvidado de la respuesta que Jesucristo les habia dado á una petición como esta... Pero los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia no se cansan de repetir las mismas objeciones, las mismas blasfemias. ¡Ay de aquellos que no leen, no estudian, no hablan de la religion sino para escandalizarse y cegarse! Nosotros busquemos solamente estar siempre mas bien fundados en la fe, y hallaremos motivos de conservarnos inmobiles en ella.

Lo cuarto. *La ignorancia voluntaria.* “Pero él respondió y dijo: á la tarde decís vosotros hará buen tiempo porque el cielo está encarnado... y por la mañana: hoy hará temporal, porque rosea el cielo oscuro: vosotros sabeis, pues, distinguir los aspectos del cielo y no sabeis distinguir las señales de los tiempos...” Esto es: es cosa bien admirable que vosotros sabeis jugar del tiempo que debe hacer por ciertas señales que veis en el cielo, y que no podais conocer que el tiempo del Mesías ha llegado de Juan Bautista; en los milagros con que yo os he dado testimonio en la menuda narracion de las profecías que en mí se cumplen y singularmente en el cálculo exacto de los tiempos señalados por Daniel profeta.

Esto es lo que los judíos y los ímpios no pueden comprender todavía. Se saben todas las ciencias, á excepcion de la ciencia de Dios, la ciencia de Jesucristo y de su Iglesia, la ciencia de la salud y de la eterna felicidad... ¡Oh generación maldita y adúltera! ¡Ay de mí! ¡cuanta parte tengo yo tambien en esta reprobación! ¡cuántas cosas inútiles me glorié de saber! ¡cuántas cosas necesarias rehusé de aprender!

PUNTO II.

CONDUCTA DE JESÚS CON LOS FARISEOS.

Lo primero. *Gime sobre su estado.* “Y sacando del corazón un suspiro, dijo: ¿Por qué esta generacion pide un milagro?...” La petición de los fariseos está llena de injusticia y de malignidad. Jesucristo, desechándola, no puede dejar de condeñarse y de gemir sobre ellos...

Tal es, ¡oh Salvador mio! la bondad de vuestro corazón: vos os afligís y os afanáis porque encontráis en vuestros mismos enemigos obstáculos para vuestros beneficios! ¡Oh cuántas veces, ¡oh Jesús mio! os he dado ocasion de gemir! ¡Ah! haecid, á lo menos, que al presente gima yo con vos y sobre mí y sobre aquellos que os ofenden.

Lo segundo. *Jesús les niega el milagro que piden.* “En verdad os digo que no se dará á esta generacion tal señal...” Pide una señal en el cielo; quiere escoger á su gusto y sujetarme á sus caprichos... pero no se le dará señal alguna. ¿Qué diferencia entre un pueblo que busca á Jesucristo por estima y por amor, y los fariseos que lo buscan para tentarlo y confundirlo! Por esto concede á las necesidades de este pueblo un milagro que no le pide, y lo niega á la incredulidad de los fariseos que se lo pide. El incrédulo desea nuevas pruebas para creer cuando debia pedir un corazón nuevo y seria oído... Dios no muda el orden de sus decretos segun los deseos de los hombres: á nosotros toca el conformarnos con sus miras y el entrar en sus designios, que si queremos ser convertidos en nuestro provecho; pero no esperemos que él los acomode al genio de nuestro orgullo y de nuestras pasiones.

Lo tercero. *Los reprende con viveza.* “Generacion perversa y adúltera...” Dichosos aquellos que aun en su misma desgracia sienten las reprensiones que les da su conciencia, que no se irritan y no buscan la manera de sofocarla! El remordimiento es el último expediente que le queda al pecador y el último medio que la misericordia divina usa con él.

Lo cuarto. *Jesús los abandona y se retira.* “Y dejándolos se partió...” Este divino Salvador, habiéndolos hecho en medio de ellos lo que convenia á su ministerio, á toda prisa los abandonó. Suerte funesta de un pecador ciego y endurecido, que con sus desprecios y con su resistencia fuerza á Jesucristo á abandonarlos.

PETICION Y COLOQUIO.

¿Dónde estaria yo, ¡oh Dios mio! si vos me hubierais abandonado luego que lo merecí? ¡Ah! divino Redentor mio, no me castigues con un castigo tan terrible. Quedaos conmigo, ó si no, mandadme que vaya con vos, y no permitais por vuestra piedad que tenga jamás la desgracia de perderos. Haecid que gima con vos sobre la dureza de mi corazón, que me aproveche de las señales, de los prodigios, de los milagros luminosos de vuestra Divinidad, y que con fidelidad cumpla cuanto pedis vos de mí. Amen.

MEDITACION CXXXIII.

JESUCRISTO PASA EL ESTRECHO DE MAGEDAN A BETHSAIDA.

San Mateo, cap. XVI, v. 5, 12.—
San Marcos, cap. VIII, v. 14, 21.

Consideremos aquí primero el engaño de los apóstoles: segundo, la reprensión que les da Jesucristo; tercero, la advertencia que les hace.

PUNTO I.

ENGAÑO DE LOS APÓSTOLES.

Lo primero. *Este engaño los pone en aprensión.* "Y sus discípulos en el pasar el lago se habían olvidado de llevar pan... y no tenían consigo en la barca sino un pan... y les dijo Jesús: tened abiertos los ojos y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos... pero ellos entre sí estaban pensando y decían: no hemos traído pan..."

A la palabra de levadura se consternaron los apóstoles; se les ofreció que se habían olvidado de llevar pan, y sin atender á la instrucción que les hacía Jesucristo, fijaron sus pensamientos solamente en la reprensión que se imaginaban les había de dar su divino Maestro... ¿No se hace reo por ventura de la misma culpa un cristiano cuando en vez de escuchar en el tribunal de la penitencia al ministro que lo instruye y lo excita al dolor, cuando en vez de prepararse á la comunión con actos fervorosos ó de gustar deliciosamente de la presencia de Jesucristo después de la comunión, se entrelace en examinar y en llamar á la memoria los pecados que teme haberse olvidado, se teme oír la reprensión de Jesucristo, y con esto se turba y pierde una parte de los frutos que podía sacar de los Sacramentos y de su devoción?

Lo segundo. *Este engaño les pone en un embrazo.* Tomando siempre esta palabra levadura en el sentido natural, se imaginaron que Jesucristo les prohibiese comprar el pan de alguno de la secta de los fariseos, de los saduceos ó de los herodianos, y no sabían cómo habían de hacer este discernimiento. Tales son muchas veces los escrúpulos de ciertas almas, que no descubriendo su pena ó no aquietándose con docilidad á las decisiones que los dan, se imaginan que ven en cada cosa un precepto y también un pecado, donde no hay ni siquiera la sombra.

Lo tercero. *Este engaño les pone en desconfianza.* Temieron que oprimidos de la prohibición que se creían haber recibido, no podrían hallar pan que comprar, y que se habían de ha-

llar en necesidad. He aquí el origen ordinario de nuestras distracciones: las necesidades de la vida, la solicitud en los negocios, el temor de que faltará. ¡Ah, somos todavía muy groseros y poco espirituales! Nuestras desconfianzas y nuestros temores no nos procuran el éxito de nuestros negocios, antes nos quitan el espíritu de devoción con que todo lo demás saldría bien.

PUNTO II.

REPRENSION QUE JESUCRISTO HACE Á SUS APÓSTOLES.

Primero. *Les da en rostro con su poca penetración é inteligencia.* "Y conociéndolo Jesús les dijo: Gente de poca fe, ¿por qué estáis pensando dentro de vosotros que no tenéis pan?... ¿aun no conocéis ni entendéis? ¿todavía tenéis ciego vuestro corazón? ¿teniendo ojos no veis y teniendo orejas no oís?..."

Se presentan á vosotros los objetos, y vosotros los veis sin hacer alguna reflexión: mis palabras hirieron vuestras orejas, y vosotros las tomáis siempre en un sentido grosero y material; vosotros no os eleváis jamás al sentido espiritual que ellas contienen... Es verdad que nosotros comprendemos el sentido metafórico de las expresiones de Jesucristo; pero penetramos bien este sentido que comprendemos; ¿lo aplicamos á nosotros mismos? ¿reflexionamos sobre él? ¿lo gustamos? ¿no está siempre por ventura ciego nuestro corazón, aunque esté iluminado nuestro espíritu? ¿No tenemos por ventura ojos sin ver y orejas sin oír?

Segundo. *Jesucristo los reprendió de su poca fe y confianza.* "Gente de poca fe..."

Es fácil ver que todas las reprensiones que Jesucristo da á sus apóstoles, caen principalmente sobre su falta de fe y confianza... Esta es casi siempre también nuestra culpa. Perdemos siempre de vista la bondad y el poder de nuestro Salvador, y nos dejamos sorprender del disgusto, del caimiento y de la pusilanimidad... ¡Oh, y cuánto le desagradan estos sentimientos! ¡oh, y cómo hieren su amor!

Tercero. *Jesús les echó en cara su poca memoria.* "¿No os acordáis cuando parti cinco panes entre cinco mil hombres, cuántas espuelas alzasteis llenas de pedazos? le respondieron, doce. ¿Y cuando los siete panes entre cuatro mil personas, cuántas espuelas alzasteis de pedazos? Respondieron, siete. Y les decía: ¿Cómo no entendéis aun?... ¿cómo no comprendéis, que no por el pan os dije: guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos?... Si no perdiésemos la memoria de lo pasado, ó siuviésemos el cuidado de avivarla con frecuencia, sería para nosotros un manantial de luz y un motivo efficacísimo pa-

ra evitar el mal y practicar el bien. Si nos acordáramos del número y de la gravedad de nuestros pecados, ¡oh cuánto sufriríamos con espíritu de penitencia! Si llamásemos á la memoria el espanto y los remordimientos que nos ocasionó el pecado y cuánto nos costó el salir de él, no recaeríamos ciertamente ya jamás. Si reflexionáramos sobre los peligros en que nos hemos visto, sobre los accidentes que nos han sucedido, ó que habiendo sucedido á otros nos han atemorizado; si nos acordáramos de las verdades de que hemos estado penetrados, de la paz y de la dulzura que hemos gustado en el servicio de Dios, de todos los beneficios de que nos ha colmado, ninguna cosa sería capaz de entibiar nuestro fervor, y esta memoria sola bastaría para encenderlo.

Las reprensiones de Jesucristo fueron eficaces, porque si bien animadas de celo, eran justas y llenas de caridad y de instrucción. Si las que nosotros hacemos á los otros no tienen el mismo éxito, esto proviene de que no tienen las mismas cualidades.

PUNTO III.

ADVERTENCIA DE JESUCRISTO A SUS APÓSTOLES.

"Entonces entendieron que no había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos..."

Contra la doctrina de los fariseos; esto es, de aquellos hipócritas que por hacerse honor llevan al exceso la moral del Evangelio, hacen una profesión exterior de severidad, mientras se atreven á combatir abiertamente las decisiones de la Iglesia, á ultrajar sus pastores y á desacreditar sus defensores; de aquellos hombres que tienen solamente una piedad falsa, supersticiosa y despojada de aquel espíritu de caridad que es la base de la religión.

Contra la doctrina de los saduceos; esto es, de aquellos hombres impíos que dan en un exceso opuesto al de los fariseos, que no distinguen la virtud del vicio, no reconocen otras sustancias que los cuerpos, otra vida que la presente, otra felicidad que la voluptuosa ni otro fin que á sí mismos.

Contra la doctrina de los herodianos, los que poco diferentes de los saduceos, no reconocen otro Dios que la fortuna, otro Mesías que el soberano, otra ley que el respeto humano, otras máximas que las del mundo, otro mérito que el favor.

Los nombres de estos hombres indicados aquí por el Salvador se han mudado; pero no se han mudado sus costumbres. Estos actores ya pasaron; pero los personajes y sus pasiones han quedado aun, y bajo nombres diferentes representan las mismas escenas. El mundo está lleno de perse-

nas semejantes á aquellas de quienes advierto aquí el Salvador que nos guardemos y desconfiemos. ¿Qué vendremos á ser nosotros si vivimos sin precaución, si leemos y lo escuchamos todo sin discernimiento y sin cautela? Cada una de estas tres sectas es peligrosa y todas tres están siempre dispuestas á coligar contra Jesucristo y su Iglesia, contra la piedad y la gente de bien.

PETICION Y COLOQUIO.

Inspiradme, ¡oh Señor! aquella piedad verdadera y sólida que solo puede venir de vos y á vos solo conducirme. Preservadme de la levadura de los fariseos, de los saduceos y de los herodianos, infundiendo en mi espíritu vuestra verdad y en mi corazón vuestra divina caridad. Sea vuestra doctrina en mí como una sagrada levadura que enteramente me mude y que sublevando mi espíritu y mi corazón sobre las cosas de la tierra, los haga dignos de vuestra gracia en el tiempo y de vuestra gloria en la eternidad. Amen.

MEDITACION CXXXIV.

SANA JESUS UN CIEGO EN BETHSAIDA.

DE LA VIDA ESPIRITUAL.

S. Marc., c. VIII, v. 22 y 26.

Sanidad de este ciego, y las circunstancias que la acompañaron, nos suministran los caracteres y las condiciones que deben tener. Primero, la vida purgativa. Segundo, la vida ilustrativa. Tercera, la vida unitiva.

PUNTO PRIMERO.

DE LA VIDA PURGATIVA.

Tres cosas son necesarias en la vida purgativa. Lo primero. *Es necesaria la oración para entrar en ella.* "Y vinieron á Bethsaida, y le presentaron un ciego, y le suplicaban que lo tocara..."

El hombre es ciego en el pecado; lo es en una vida disipada y mundana. En este estado no conoce como conviene ni á Dios, ni á Jesucristo, ni el fin para que fué criado, ni las obligaciones de cristiano que ha de cumplir. Jesucristo solo puede sanar esta ceguera; pero como irá á él el ciego? Es necesario que venga conducido, es necesario que se ruegue por él. Rogad, pues, padres y madres, por vuestros hijos; rogad, parientes y amigos; rogad, almas fervorosas y celosas, hablad también; exhortad; conducid á Jesucristo estas almas ciegas, y empenadlas también á

ellas a que rueguen. ¡Ah! cuántos pecadores han confesado su pecado, cuántos santos han hecho las súplicas y las oraciones de las almas justas y fervorosas! Otros han rogado por nosotros; rogamos nosotros por otros.

Lo segundo. *Es necesaria la separación del mundo para perseverar en ella.* "Y cogiendo al ciego por la mano, lo llevó fuera de la aldea... ó de la ciudad, como dice san Juan."

El que está verdaderamente separado del deseo de volver á Dios, de purificarse de sus pecados, de ser iluminado, de santificarse, debe comenzar por salir de la ciudad; esto es, debe separarse del mundo y renunciar á sus alegrías, á sus placeres y á sus concurrencias. Estamos fuera de la ciudad y separados del mundo, cuando retirados en el estado religioso, para acabar allí nuestros días, hemos hecho un entero divorcio con el mundo, con los usos y con las leyes del mundo. Felices aquellos que Dios conduce á este puerto tranquilo, en que pueden cómodamente practicar la penitencia y trabajar en su perfección. Estamos fuera de la ciudad y separado del mundo, cuando retirados en la propia casa, y atentos á las obligaciones del propio estado, no tenemos comunicación con el mundo sino por la caridad, ó por necesidad; pero teniendo siempre el corazón separado de él, de sus placeres, de sus pompas, de sus máximas y de sus vicios. Estamos fuera de la ciudad y separados del mundo cuando retirados en nuestro corazón, lejos del estrépito de los negocios y de las pasiones, gemimos sobre nuestros pasados deseos, pedimos á Dios perdón de ellos, y nos disponemos á la cuenta que es necesario darle de todas las acciones de nuestra vida.

Lo tercero. *Es necesaria la mano del Salvador para adelantarnos en ella.* "Y cogiendo al ciego por la mano..."

Si el mismo Jesús no nos coge por la mano y no nos conduce, ¿dónde iremos nosotros y qué adelantamiento podremos hacer en la virtud? ¿Cómo llegaremos al término de vencer nuestras propias repugnancias y los impedimentos que el mundo y el demonio incessantemente oponen á nuestra felicidad? ¡Oh, cuántas gracias poderosas, cuántos acontecimientos singulares, cuántos golpes de una amable providencia concurren á desprender una alma del mundo y unirle únicamente á Jesucristo? Llamemos con reconocimiento y confusión á nuestra memoria todo lo que Dios ha hecho en este género. Felices aquellos que se dejan conducir de este modo. ¡Qué delicias gustan, qué virtudes adquieren, qué progresos hacen en la vida del espíritu! ¡Ah, cuándo podrá gozar de un reposo tan dulce en el silencio y en la larga ausencia del mundo!

PUNTO II.

DE LA VIDA ILUMINATIVA.

Tres virtudes son sobre todo necesarias y recomendadas en la vida iluminativa.

Primera. *Una práctica exacta de las obras de piedad;* habiendo salido Jesús de la ciudad, y hallándose solo en la campaña con sus discípulos y con el ciego que conducía por la mano... "Y ocupándole en los ojos, y poniéndole las manos, etc..."

Jesús aplica su virtud á las señales que juzga á propósito poner, y nosotros debemos respetarlas, admirar su poder y darle gracias por su bondad. Para adquirir la perfección hay ejercicios piadosos establecidos y practicados por los santos; pero que á los ojos de la carne comparacen pequeños y despreciantes; guardémoslos de hacer de ellos el juicio que hacen los mundanos; sometámonos á ellos, practiquémoslos con fidelidad, si queremos ser iluminados. Ellos son mas eficaces de lo que pensamos para sujetar la carne, para domar los sentidos y humillar el espíritu... Si este ciego no hubiese querido sufrir sobre los ojos ni la saliva ni las manos del Salvador, ¿qué pensaríamos nosotros de él, sino que sería un insensato y se habría quedado ciego? ¡Oh, cuántos hay de estos insensatos, que despreciando las piadosas industrias de los santos y dejando de ponerlas en práctica, se quedan en su ceguera, en pena de su orgullo!

Segunda. *La candidez en dar cuenta de la conciencia.* "Le preguntó si veía alguna cosa; y él, levantando los ojos, dijo: veo hombres caminar como los árboles!"

Jesús no quiere sanar este ciego todo de un golpe como había sanado á tantos otros, para hacernos conocer que él es el Señor de sus gracias y las comunica con la proporción que le agrada... Acaso se conformaba con esto con la debilidad de la fe del enfermo, el cual no había pedido por sí mismo su salud, pues como hemos dicho muchas veces, la fe es la medida de los dones de Dios. Sea como se fuese, Jesús quiso que el mismo declarase lo que veía para que por una parte comprendiese lo que había recibido, y por otra lo que le faltaba aun, y que animado su reconocimiento y su fe y encendiendo sus deseos, se hiciese capaz de una sanidad entera. Este es el fruto que se saca de la candidez con que descubrimos nuestros pensamientos y todo nuestro interior al que nos guía. Cobremos ánimo, porque empezamos á conocer bien y á gustar verdades antes desconocidas. Humillémosnos al ver estas verdades solamente de una manera confusa, en sombras, de lejos y mezcladas con quimeras que produce nuestro espíritu y que no pueden disipar nuestra ignorancia; entonces oremos y pidamos conocerlas mejor; deseemos, esperemos

y ponámonos en estado de ser iluminados sobre nuestras falsas ideas y de quedar asegurados contra los fantasmas que fatigan nuestra imaginación.

Tercera. *La perseverancia en los ejercicios de piedad.* Después de la respuesta del ciego "le puso de nuevo las manos sobre sus ojos, y empezó á ver; y fué sanado de manera que veía todas las cosas claramente."

Hay esta diferencia entre los ojos del cuerpo y los del alma; que los primeros tienen un grado de actividad natural y limitada, fuera del cual no pueden pasar mas adelante ni adquirir algun grado de perfección; pero los segundos pueden perfeccionarse al infinito y adquirir cada día nuevos grados de claridad y de perfección. Las mismas verdades de salud y de fe se han visto por un hombre interior, por un santo de una manera mas elevada y perfecta, que por el comun de los fieles. El medio de adquirir este aumento de luces consiste en aprovecharse bien de aquellas que ya se tienen; en reconocer que Jesucristo solo es el origen de aquellas que se poseen y de aquellas que se esperan; consiste en pensar que las que ya tenemos son pocas en comparación de las que nos faltan y tendríamos si hubiésemos tenido mas fidelidad, y en comparación de aquellas que gozan otras muchas almas, acaso menos favorecidas que nosotros, pero mas fieles. Finalmente, el medio de adquirir este aumento de luces es perseverar con fervor en los ejercicios de piedad, continuar en aplicarlos los Sacramentos y los méritos de Cristo con solo el deseo de agradarlo y de llegar antes de morir al grado de perfección á que nos ha destinado.

PUNTO III.

DE LA VIDA UNITIVA.

Primero. *Tres puntos se debe observar en la vida unitiva. El amor del retiro.* Después de haber sanado Jesucristo al ciego, "lo envió á su casa, diciendo: vete á tu casa; y si entras en la aldea, no lo digas á nadie..."

El que se quiere unir á Dios y estar á él unido, se debe retirar en su casa, en su oratorio, en su corazón; aquí se debe emplear en el ejercicio de la presencia de Dios, en la oración, en la meditación, en la lección y en todo lo que es propio de su estado. ¡Ah! cuántas veces tendremos necesidad de que se nos repitan estas palabras: *Vete á tu casa;* pero nosotros la aborrecemos; tal vez en ella nos viene tedio y no sabemos en qué ocuparnos; acaso en ella somos autores de desgracias y de disgustos y estamos en ella para causar desorden y turbar la paz! ¡Ay de mí! si amásemos nuestra salvación y si buscásemos agradecer

á Dios, nuestra casa sería nuestras delicias y nosotros seríamos las delicias de nuestra casa.

Segundo. *El tratar rara vez el mundo.* "Y si entrases en la aldea..."

Jesucristo no nos prohíbe todo comercio con el mundo. Por retirados que estemos, no podemos dispensarnos de comunicar tal vez con él, ó sea que nosotros vamos á él, ó sea que él venga á nosotros. Estamos algunas veces obligados por necesidad, llevados por la caridad, empeñados por las obligaciones de complacencia, á que nos prohíbe faltar la misma piedad; pero fuera de estas ocasiones atendamos en nuestra casa á Dios y á nuestro deber. El que ama el trato del mundo por verlo y ser visto de él, por ir en busca de su amistad y de su estima, por participar de sus placeres y de su disipación, no podrá jamás estar unido á Dios ni evitar un gran número de culpas; antes corre peligro de pensar bien presto como el mundo, de coger los vicios del mundo y de perderse con el mundo.

Tercero. *La discreción de las palabras en el trato del mundo:* "no lo digas á nadie..."

Jesucristo ordena al ciego ya sano, que si entra en Bethsaida, nada diga de cuanto ha sucedido. ¡Pero Señor, sin que él lo diga, no basta que él entre en la aldea, para que todos vean que ya no está ciego y que vos lo habeis sanado? Sin duda; pero vuestra intención es que no diga de qué manera ha sanado. Y en esto cabalmente debe ser nuestro modelo. Dejemos, si dejamos que se observe en nuestras operaciones la mudanza que ha hecho la gracia en nosotros; pero sería comunmente efecto del orgullo y de la imprudencia el publicarlo. Si nos vemos obligados á volver á entrar en el mundo, toda nuestra conducta le haga ver que hemos sanado de la ambición, de la vanagloria, del amor de nosotros mismos y de los placeres, demos una mirada á los escollos de que está lleno, al peligro de los objetos que nos presenta, y evitémoslos; comprenda él que no es el temor, la afectación ó el espriho, sino la gracia de Jesucristo, la que nos ha trocado, la que nos ha sanado. En orden, pues, á la manera con que hemos sanado, no debemos hablar en presencia del mundo, que está demasiado inclinado á burlarse de todo aquello que no es conforme á sus ideas. Las personas piadosas ó consagradas á Dios no deben descubrir sino con una suma discreción los santos ejercicios en que pasan su vida y con que se santifican. Los mundanos son muy curiosos sobre esto, para despreciarlos y hacerlos ridículos. Basta, pues, edificarlos y traerlos á la virtud con santos discursos y aun con buenos ejemplos. Pero ¡oh Dios! ¡qué escándalo no sería si nos dejásemos ver entre ellos diegos como ellos y sujetos á las mismas flaquezas! Cuando son ellos ciegos para sí mismos, otro tanto están con los ojos abiertos sobre las personas de quienes con derecho deben ser edificados.

PETICION Y COLOQUIO.

Hacedme dócil á estas santas verdades, ¡oh Dios mio! disipa todas mis tinieblas con la operación de vuestra gracia, para que camine con júbilo por el camino de los preceptos que vos me dais; cogedme vos mismo por la mano, ¡oh Jesús! y llevadme fuera de la ciudad. ¡Ay de mi infeliz, cuántas veces habeis querido conducirme y sacarme fuera y yo no he querido! ¡cuántas veces habeis querido cogermé por la mano y yo la he retirado, para escaparme de vuestras tiernas y caritativas diligencias, ¡oh Salvador mio! y la he extendido después á un mundo engañador! Ahora la extendo hácia vos, ¡oh Médico caritativo y poderoso! conducidme á iluminadme, para que os vea, os conozca y á vos solo ame. Amen.

MEDITACION CXXXV.

CONFESION DE SAN PEDRO.

San Márc., c. VII, v. 27, 30.—
San Lúca., c. IX, v. 18 y 21.—
San Mat., c. XVI, v. 13, 20.

Examinemos primero, cómo viene hecha; segundo, cuál es la recompensa; tercero, por qué Jesucristo prohíbe que se haga pública.

PUNTO I.

CÓMO VIENE HECHA ESTA CONFESION.

Primero. *Lo que la precede es la oración.* "Y salía Jesús (de Bethsaida) con sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo... y por el camino... Y aconteció que estando solo orando, se hallaban con él sus discípulos y les preguntó..."

Habiendo enviado Jesús el ciego sano á su casa, continuó su camino con sus apóstoles, recorriendo las aldeas y granjas hasta los contornos de Cesarea de Filipo, ciudad situada al Setentrion de la Palestina, hácia el origen del Jordán, y diferente de Cesarea de Palestina, situada sobre las riberas del mar Mediterráneo. En las cercanías de este lugar se retiró á un sitio apartado, donde llevó consigo sus apóstoles. Antes de separarse de ellos para ponerse en oración... El pueblo, que lo había alcanzado por el camino, le esperaba en la campaña, y los discípulos mas cercanos á él lo observaban en silencio mientras oraba. Cuando Jesucristo eligió á sus apóstoles comenzó por la oración, y en esta ocasión que quiere establecer una cabeza de sus apóstoles y su vicario sobre la tierra, comienza tambien con

la oración. Sobre la oración ha formado Jesús el plan de su Iglesia y ha establecido el órden jerárquico; esto era de lo que trataba con su Padre; sus oraciones se enderezaban por esta querida Iglesia, y á esta volvía todos sus pensamientos hasta que la adquirió con derramar su sangre. Por medio tambien de la oración, esta santa esposa se une á su Esposa celestial; por la oración es ella fecunda; nos da la vida y el alimento y nos enriquece de todos sus tesoros. Hijos de la oración, ¡qué ardor tenemos nosotros para orar!

Segundo. *Lo que le da ocasion es una conferencia particular.* Acabada su oración vino Jesús á encontrar los discípulos, y caminando con ellos mientras el pueblo lo seguía un poco mas de lejos, comenzó á discurrir y á preguntarles, diciendo: "¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre?... ¿Quién dicen los hombres que soy yo?..."

¡Cuán útiles serian nuestras conversiones si en ellas se tratase sobre Jesucristo, sobre sus misterios, sobre su doctrina y sobre los intereses de su gloria! "Y ellos respondieron: unos que Juan Bautista, otros Elias, otros Jeremías... y otros que resucitó uno de los antiguos profetas..." ¡Ah! ¡cuán inclinado es el espíritu humano al error y cuán naturalmente opuesto á las verdades de la salud! ¿Cómo puede suceder que en un pueblo acostumbrado á oír á Jesucristo y testigo de sus milagros, no sea la opinion mas común que él es el Mesías esperado? Algunos, aunque en menor número, lo han reconocido; pero el gran número estima mas caer en toda suerte de quimeras y de extravagancias, que reconocer un Mesías que no es segun sus deseos. La humildad y la santidad de Jesucristo, he aquí lo que aun hoy impide al mundo el reconocerlo; pero dejemos que el mundo se vaya perdiendo en sus sistemas y en sus quimeras; busquemos nosotros la verdad en el cuerpo apostólico, escuchemos su cabeza y no nos separemos jamás de la fe de los primeros pastores; ella sola puede disipar nuestros errores y asegarar nuestras inquietudes.

Tercero. *Lo que la acompaña es una fe viva y reflexiva.* "Y Jesús les dice: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Respondió Simon Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo..." esto es, el Mesías.

Esta confesion de san Pedro fué notable por la fe que la acompañó y mereció ser alabada y recompensada por el Salvador. No es la primera vez que Jesucristo ha sido llamado Hijo de Dios. Fuera de que los demonios lo llamaban comunmente así, Natanael le había dado este nombre en un primer movimiento de admiración.¹ Los apóstoles todos juntos apenas volvieron en sí del miedo sobre el mar de Tiberiades,

1 San Juan, c. I, v. 49.

se lo habían tambien dado.¹ A la siguiente mañana de la multiplicacion de los panes, después de las maravillas del mar de Tiberiades y del país de Genesar, san Pedro, tambien sorprendido de los precedentes sucesos, hizo en nombre de todos la misma confesion que hace aquí.² Pero puede ser que los movimientos de sorpresa, de júbilo y de admiracion, y aun de todo amor, que en estas diferentes ocasiones habían sacado como por fuerza esta confesion, le hubiesen disminuido entonces el precio. Aquí nada hay semejante; los espiritus están tranquilos y obra la fe sola. Yo me uno, ¡oh Jesús! con este bienaventurado apóstol, y postrado á vuestros pies os reconozco por el Mesías, por el Cristo, por el unigénito del Señor, por el Hijo de Dios; no por adopcion, sino por naturaleza. Reconozco en vos el Verbo encarnado, la naturaleza divina y la naturaleza humana, subsistentes en una sola persona, la segunda de la santísima Trinidad. Reconozco que segun vuestra naturaleza humana, sois verdaderamente hombre semejante á mi, y segun vuestra naturaleza divina, verdaderamente Dios, igual al Padre, y un solo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Os reconozco por mi rey, por mi salvador, por mi mediador y por mi Dios, en quien pongo mi esperanza y á quien consagro todo mi amor.

PUNTO II.

CUAL ES LA RECOMPENSA.

La recompensa de la confesion de san Pedro fué la declaracion que Jesucristo le hizo de toda la economia de la Iglesia y de la parte honrosa y singular que en ella debe tener...

Primero. *Jesús le muestra cuál es el origen de la fe y de la doctrina de la Iglesia, y que esta fuente está para él abierta.* "Y respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres tú, Simon Baryona, porque no te lo ha revelado la carne, ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos..."

La fe cristiana tiene su origen en la Divinidad; lo que nos enseña ha sido revelado por el mismo Dios. El Hijo de Dios, enviado por el Padre, nos ha anunciado las verdades de la revelacion; el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, nos ha declarado y confirmado estas verdades, y de ellas conserva en la Iglesia el precioso depósito. Nada deben á la industria humana los dogmas de la fe; no son estos sistemas de filósofos ó producciones informes y vacilantes de la meditacion de los sabios; es un cuerpo de verdades esenciales que nos hacen conocer á Jesu-

1 San Mat., XIV, v. 33.
2 San Juan, c. VI, v. 70.

cristo, y por medio de él á Dios su Padre; que nos descubren nuestras obligaciones y la felicidad de nuestro eterno destino, con los medios de llegar á él. ¡Oh ciencia divina, en cuya comparacion todas las demás ciencias no son otra cosa que tinieblas! ¡oh afortunado apóstol, á quien el Padre celestial ha hecho una revelacion tan importante, que fuiste el primero en confesar el Hijo de Dios de una manera digna de sus elogios y que te ha procurado las ilustres prerrogativas de que quiere honrarte y que te quiere anunciar! ¡Afortunados los otros apóstoles por haber pensado como vos! ¡afortunados tambien nosotros que tenemos al presente la misma doctrina, la misma fe y nuestro mismo lenguaje!

Segundo. *Jesús le anuncia cuál será la firmeza de la Iglesia y que él mismo será el fundamento.* Desde la primera vez que Jesucristo había visto á Simon, le había mudado su nombre en el de Pedro...¹ Desde entonces en adelante indistintamente era llamado Simon ó Pedro, y tal vez Simon Pedro; pero ninguno, ni aun él mismo, sabía aun el motivo de este nombre. Y esto justamente es lo que aquí le explica Jesucristo... Simon había dicho á Jesús... "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo..." Y Jesús le respondió... "Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella..."

Los herejes han empeñado toda su arte, y sus sabios todas sus diligencias para eludir la fuerza de estas divinas palabras: ella será siempre la consolacion y el triunfo de los católicos romanos. El nombre de piedra fundamental ó de fundamento es una expresion metafórica que tiene diversos significados, segun las á personas que se aplica. Jesucristo es la piedra angular y el fundamento de la Iglesia. Los apóstoles y los profetas son el fundamento de la Iglesia. Jesucristo dice á Pedro, hablando á él solo en presencia de los otros apóstoles, que él será el fundamento de la Iglesia. Un católico concibe fácilmente que en fuerza de todas estas expresiones, Pedro es infinitamente mayor que Jesucristo y alguna cosa mas que los apóstoles y profetas. La Iglesia, la sociedad de los fieles representada aquí bajo la figura de un edificio que pertenece á Jesucristo y de que él es el arquitecto, no debía propiamente comenzar á formarse sino después de la venida del Espíritu Santo y cuando Jesucristo ya no estaria sobre la tierra. Era, pues, necesario que dejase á esta sociedad una cabeza visible que tuviese su lugar y fuese su vicario en la tierra, y mantuviese sobre sí, por decirlo así, todo el peso de este grande edificio. Y para esto justamente declara aquí el Salvador que destina á san Pedro. Esta sociedad debe durar siempre y san Pedro debía mo-

1 San Juan, c. I, v. 24.

rir; era necesario, pues, con san Pedro entender también sus sucesores, los romanos pontífices: así lo ha entendido siempre la Iglesia, así también lo han comprendido los herejes antes de su apostasía. La Iglesia fundada sobre esta piedra, esta Iglesia que reconoce al pontífice romano por su cabeza visible y la Iglesia romana por centro de su fe, subsiste ya casi por diez y ocho siglos. Contra esta piedra se han hecho pedazos todos los esfuerzos del infierno. Esta piedra ha resistido á todo y todo lo ha rebatido: ella ha reducido á polvo los dioses facticios de la idolatría y ha arruinado á los tiranos que la protegían; ha disipado y puesto en fuga las herejías, las cuales están aun, en verdad, esparcidas sobre la tierra, y como estrechada cada una en cualquier ángulo particular; pero es para servir de monumento á las victorias de la Iglesia, fundada sobre esta piedra. Esta Iglesia es la sola católica, la sola que no es propia de algún pueblo, sino que pertenece á todas las naciones; que se halla esparcida por todos los lugares, y reina sola en el universo, formando un cuerpo de quien todos los miembros están unidos bajo la autoridad de una misma cabeza visible. ¡Oh qué desventura estar fuera de esta Iglesia! ¡qué locura el combatirla! ¡qué ceguera no reconocerla, y buscarla donde no está! ¡y qué ventura para nosotros ser sus miembros! ¡Ah! demos gracias á Dios. Unámonos y estrechémonos siempre mas con esta firme piedra; no nos alejemos jamás de la fe de Pedro, y vivamos de una manera digna de nuestra fe.

Tercero. *Jesucristo le declara cuál será la forma de su Iglesia y qué autoridad ejercerá él en ella.*

Jesucristo ha llamado siempre su Iglesia el reino de los cielos, y así la llama también ahora aquí. Es un reino que le ha dado Dios su Padre y que él ha adquirido con el precio de su sangre; él solo en ella es el rey y el monarca absoluto. Es el reino de los cielos esencialmente unido con aquel reino eterno preparado para los justos en el cielo, y enteramente separado é independiente de los reinos de este mundo, cuya administración ha dado Dios á los reyes de la tierra. Este reino de los cielos no mira al hombre sino como destinado á servir á Dios, á santificarse y á merecer gozar de Dios en la eternidad. Pero este reino de los cielos, cómo se gobernará sobre la tierra, cuando su rey habrá ya subido al cielo? ¿quién gobernará en su lugar hasta la fin de los siglos que durará este reino, y con qué poder gobernará? Esto es lo que descubre aquí el Salvador bajo de otras dos metáforas. . . . Continuando, pues, á hablar á san Pedro, le dice: "y á tí daré las llaves del reino de los cielos. . ." Es pues, san Pedro á quien Jesucristo dejando la tierra para volver al seno de su Padre, entregará las llaves de su Iglesia; este, pues, tendrá las veces de Jesucristo, á

él tocará el cuidado universal de toda la Iglesia. ¡Oh y qué dignidad sobre la tierra! ¿Y podremos ahora admirarnos de que todos los fieles, los reyes, los emperadores hayan estado siempre solícitos en honrarla con las mas illustres señales del respeto mas profundo y religioso? ¿Y quién no quedará sorprendido de las blasfemias y de las villanías que han vomitado los herejes contra una dignidad tan sublime establecida por el mismo Jesucristo? ¿quién no mirará al ver aun los hijos de la Iglesia tomarse el maligno placer de buscar todos los medios con que poder disminuir el respeto debido á aquel carácter supremo y á aquellos que están elevados á él? ¿creerán estos que Jesucristo no se dará por ofendido?

¿Pero cuál es el poder que Jesucristo le confiere? Este divino Salvador añade. . . . "Y cualquiera cosa que habrás atado sobre la tierra, quedará atada también en los cielos; y cualquiera cosa que habrás desatado sobre la tierra, será también desatada en los cielos. . ." Esta potestad de atar y desatar se llama á las veces potestad de las llaves; pero hay esta diferencia, que las llaves, que son el símbolo de la suprema potestad, se han prometido solamente á san Pedro, y la potestad de atar y de desatar, que singularmente se ha prometido á san Pedro, se concedió también á todos los apóstoles. Esta potestad de atar y desatar, se ejercita en la Iglesia por el papa sucesor de san Pedro, por los obispos sucesores de los apóstoles y por los otros ministros del segundo orden, según lo que está determinado y regulado por los cánones. La potestad de atar se ejercita con las censuras, con diferir la absolución, con la reservación de ciertos casos, con la penitencia que se impone á los pecadores, y con todo lo que hace la Iglesia para humillar las almas pecadoras y prepararlas á volver sinceramente á Dios. . . . La potestad de desatar se ejercita con la absolución de las censuras y de los pecados, con la remisión de la penitencia, con las indulgencias, con las dispensas y con todo lo que la Iglesia hace en favor de los débiles y de los penitentes para ayudarles y aliviarlos. Todo lo que hacen los ministros en este género, según los cánones y las reglas de la Iglesia, queda ratificado en el cielo: esta es la palabra del mismo Jesucristo. Solamente la impiedad puede hacer desprestigiar estos vínculos espirituales, que por ser invisibles, no son menos formidables. Y ¡oh! ¡cuál es el furor de la herejía en desenfrenarse contra la potestad de desatar, concedida por Jesucristo con tanta bondad y misericordia! Sectas desgraciadas, en que renunciando á la Iglesia, han renunciado á todas las utilidades que puede ella procurarles, en que ninguna autoridad puede romper las ataduras del pecado en que viven y en que conviene que todos sus partidarios mueran. ¡Ah! seas por siempre bendito, ¡oh Salvador mío!

1 S. Mat., c. XVIII, v. 18.—S. Juan, c. XX, v. 23.

por haber dado á los pastores de vuestra Iglesia una potestad tan amplia y tan misericordiosa. Iré, pues, á ellos lleno de confianza en vuestras promesas; sujetaré mi alma á su juicio; abuelo en su tribunal, estoy seguro que habiendo ido á él con sinceridad y contrición, seré del vuestro abuelo en el cielo. ¡Oh, qué consolación! ¡oh qué júbilo interno! ¡qué dicha para un miserable pecador como lo soy yo!

PUNTO III

FOR QUÉ JESUCRISTO PROHIBE HACERLA PÚBLICA.

"Entonces ordenó á sus discípulos que no diesen á ninguno que él fuese Jesús el Cristo. . ." No quería con esto el Salvador que esto se ignorase. Juan Bautista lo había anunciado y mostrado como tal; él mismo probaba con sus obras que lo era, y lo declaraba algunas veces á viva voz, mas ó menos oscuramente, según la disposición de su auditorio y las leyes de su divina sabiduría. El pueblo, mal dispuesto y poco atento, no comprendía cuanto les anunciaba de su divinidad. Lo comprendían, á la verdad, sus enemigos; pero le hacían de esto un delito. Después que habían respaldado sus milagros, y excitado contra él los celos y el odio de los principales caudillos y cabezas, no se podía publicar claramente que él fuese el Mesías y el Hijo de Dios sin exponerlo á una muerte cierta. Y estas son las circunstancias en que quiere que sus apóstoles se contenten con anunciar, como han hecho, la llegada próxima del reino de Dios, y la necesidad de prepararse á él con la penitencia, mandándoles que nada digan á ninguno de que él es el Cristo. Se pueden considerar tres razones.

Primero. *Primera razón, tomada de la dignidad de este misterio.* El gran misterio de la Encarnación, primera obra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios y fundamento de la redención de los hombres: este misterio después de haber sido rápidamente anunciado por el precursor, era por su naturaleza demasadamente divino y demasadamente sublime para ser dignamente publicado por otro que el mismo Verbo encarnado. Según los decretos de la sabiduría eterna y en vista de la mala disposición de los espíritus, la confesión pública de la divinidad de Jesucristo debía estar sellada con la sangre de aquel que la haría, y no podía ser ni estar mejor sellada que con la del mismo hombre-Dios. Ninguna criatura era digna de derramar su sangre por esta sublime verdad antes que Jesucristo hubiese merecido la gracia y dado el ejemplo con derramar la suya.

Segundo. *Segunda razón, tomada de las circunstancias del suceso.* Si antes de la muerte de

Jesucristo se hubiese convertido la fe de los pueblos hacia el grande misterio de su divinidad, esta fe aun tierna, hubiera sufrido un grande escándalo al tiempo de su pasión y de su muerte, con peligro de no restablecerse jamás. Los apóstoles mismos, ¿no quedaron por ventura escandalizados? ¿no fué por ventura abatida y consternada su fe cuando Jesucristo les reveló este misterio? ¿qué cosa no fué necesaria para animarlos?

Tercero. *Tercera razón, tomada del testimonio de los apóstoles.* El testimonio de los apóstoles durante la vida de su Maestro, no habría tenido aquella fuerza de prueba que tuvo después de su muerte, después de su resurrección, después de su ascension y después de la venida del Espíritu Santo. Que discípulos ó engañados ó engañadores publiquen maravillas de su maestro, mientras que viven con él, por conciliar con él ó á sí mismos crédito y consideración, esto tiene mucho de humano y se ha visto ya mas de una vez; pero que discípulos publiquen la divinidad de su maestro solo después de su muerte, y esperando ellos mismos la muerte, por recompensa de su celo, esto es lo que es divino y lo que jamás se ha visto en otra parte. A este testimonio el universo se ha convertido y los cristianos han ofrecido su sangre y la han derramado por la confesión del nombre de Jesús.

PENITENCIA Y COLOQUIO.

¡Ah! ¿por qué no puedo yo derramar mi sangre por una sangre tan buena? ¿por qué no puedo yo unir mi sangre con la de tantos mártires y con la vuestra misma, oh Jesús? Pero ya que no se me concede un tal favor, será á lo menos gloria mía el publicar en todas las ocasiones vuestra religión, defenderla según mis fuerzas y justificarla con la sentada de mi vida, á fin de obtener la recompensa que habéis prometido á los que crean en vos. Amén.

MEDITACION CXXXVI.

JESUS PREDICE SU PASION A SUS APÓSTOLES.

San Mat., c. XVI, 21, 23.
—S. Marc., v. 31, 33.
—S. Luc. c. IX., v. 22.

Consideremos: primero, las circunstancias de esta predicción; segundo, los términos con que la expresa; tercero, la oposición de san Pedro á su cumplimiento.

PUNTO I.

CIRCUNSTANCIAS DE ESTA PREDICCIÓN.

Primero. *¿En qué tiempo hace Jesucristo esta predicción? . . .* "Desde entonces comenzó Jesús á manifestar á sus discípulos. . ." el misterio

de la pasión... Lo hizo después de haber confirmado á sus apóstoles en la fe de su divinidad y en el tiempo mismo que hacían profesión de creerla... Si mas presto les hubiera hecho esta declaración, hubiera sido capaz de desaminarlos, y acaso de que se despidiesen y se apartasen de él. No separemos, pues, estos dos misterios, uno de gloria y otro de humillación. Un Dios hecho hombre, ¡qué misterio! Pero este hombre-Dios paciente y moribundo, ¡qué misterio mucho mayor todavía! ¡Oh cuánta sabiduría, cuánta grandeza, cuánto amor en estos dos misterios unidos entre sí! Mi Salvador es Dios y mi Dios muere por mí. ¡Qué motivo de esperanza! Con estos pensamientos, ¡de qué sentimientos no debe estar penetrado mi corazón!

Segundo. *¿A qué fin Jesús hace esta predicción?* A fin de que el misterio de su cruz, que sus discípulos deben tener bien presto bajo de sus ojos, no destruya en su espíritu el misterio de su divinidad, que no podían ver, sino que al contrario, lo confirmase... Opóngar no, si quieren, el judío, el filósofo, el impio, la muerte ignominiosa de Jesucristo, yo siempre les responderé: Si, ha muerto ignominiosamente; pero mucho tiempo antes que sucediese, había ya predicho al mismo Jesús el tiempo, el lugar y la manera. La predicción de esta muerte le quita todo el escándalo, y bien lejos de turbar mi fe, la confirma, mayormente estando unida con la predicción de una pronta resurrección, lo que no se verificó menos que la predicción de la muerte.

Tercero. *¿A quién hace Jesús esta predicción?* A sus apóstoles, á aquellos que lo siguen y que lo están mas unidos... ¡Felices aquellos con quienes Jesucristo trata de su pasión y de su muerte! ¡felices aquellos que gustan estos misterios, que los meditan, que llenan de ellos su espíritu y alimentan de ellos su corazón! ¡oh qué dulzuras encuentran en ellos! ¡qué fuerzas, qué gracias, qué consolaciones!

Cuarto. *¿En qué lugar hace Jesús esta predicción?* En lugar separado; en la soledad y lejos de la multitud de la gente. ¡Y quién nos impide retirarnos nosotros aparte con Jesucristo y separarnos algunos momentos de la multitud, para meditar despacio y á nuestro gusto lo que su amor ha hecho sufrir por nosotros?

Quinto. *¿En qué manera hace Jesucristo esta predicción?*... "Y hablaba de esto abiertamente..." En términos claros y precisos. El precursor había anunciado esta muerte bajo la figura de cordero y de víctima. Jesús mismo la había muchas veces anunciado á todo el pueblo y en presencia de sus enemigos, pero bajo la figura de Jonás, bajo la figura del templo, bajo la figura de serpiente de bronce puesta en alto por Moisés. Aquí habla él á sus amigos, y les

1 San Juan, c. I, v. 29, 36.

2 San Juan, c. II, v. 12, y c. III, v. 14.

habla sin parábola y sin figura, porque ya se acercaba el tiempo, y ellos deben estar instruidos. En toda esta conducta hace Jesús comprender su divina sabiduría y asegura siempre mas nuestra fe, fortaleciendo la de sus apóstoles.

PUNTO II.

LOS TÉRMINOS DE ESTA PREDICCIÓN.

"Jesús empezó á manifestar á sus discípulos que convenia que él fuera á Jerusalem... que el hijo del hombre padezca mucho y sea reprobado por los ancianos y por los principes de los sacerdotes y por los escribas y sea muerto... y que resucite al tercero dia..." Pensemos cada una de estas palabras.

Primero. *Era necesario* Dios su padre lo había ordenado así. Orden suprema y bien rigurosa, pero orden de la soberana sabiduría que une los derechos de la justicia mas severa con los favores de la mas tierna misericordia... Dios es tan compasivo para con los hombres, que de buena gana les quiere dar su Hijo por redentor; pero al mismo tiempo es tan celoso de los derechos de su justicia, que por la reparación del pecado exige la muerte de este amado... ¡Ah! no formemos ideas de la bondad de Dios segun la corrupción de nuestras inclinaciones. Dios no tiene una bondad que impunemente pueda desprenderse ó ultrajarse. Un Dios muerto por los pecadores y por el que Dios Padre acepta la penitencia, los sufrimientos y la muerte de los pecadores, he aquí el exceso de sus misericordias. Mas para los pecadores que rehusasen aprovecharse de los misterios de Jesucristo, ó que pretendiesen prevalerse de ellos para ofenderlo con mayor seguridad, ¡ah! para estos hay solo un infierno sin misericordia, y una eternidad sin fin.

Segundo. *Era necesario que él fuese* Sí, para obedecer á las órdenes de Dios, su Padre, Jesús irá por sí mismo, irá puntualmente, sin resistencia al lugar que le está destinado, bien que sepa que allí debe morir. En un tal ejemplo ¡con qué pretextos queremos nosotros justificar nuestras desobediencias?

Tercero. *Era necesario que él fuese á Jerusalem.* Jesús había nacido en un establo de la pequeña ciudad de Belen, había pasado su vida privada en Nazareth, ciudad aun mas oscura, había hecho la mayor parte de sus milagros en los países remotos de la Galilea; mas para su muerte la capital debe serle el teatro, para que por una parte nada falte á la gloria de su triunfo, y por otra la certidumbre de los hechos, esto es, de su muerte y resurrección, se halle en un tal punto de evidencia, que la mas remota posteridad no pueda jamás disputarle la verdad.

Cuarto. *Era necesario que él... el Hijo del hombre.* Jesucristo padece en calidad de hijo del hombre, y en calidad de hijo de Dios nos salva por medio de su pasión. Sufre en su humanidad y sus sufrimientos son elevados á un precio infinito por medio de su divinidad. En virtud de estas dos naturalezas en una sola persona divina, Jesucristo es nuestro segundo Adán, reparador de la desobediencia del primero; es la cabeza y el primogénito de los hombres y forma una nueva generación de los hombres rescatados y regenerados por virtud de su sangre. Despojémonos, pues, todos del hombre viejo... renunciamos á las inclinaciones del primer Adán formado de tierra para revestirnos del hombre nuevo, y unámonos al segundo Adán que bajó del cielo.

Quinto. *Era necesario... padecer mucho...* ¡Oh Jesús, cuántas cosas incluis en esta palabra! ¿Vos debéis sufrir mucho? ¿lo entiendo, queréis excusar por ahora á vuestros apóstoles la narración distinta? ¿y cómo la habrían podido oír sin horror? Yo mismo no puedo pensar en ella sin estremecerme. ¡Ay de mí! Señor, no basta que padeciésemos poco! ¿esto poco no habria sido sobrado y de infinito precio? ¡Ah! el amor no sabe contentarse con poco. Vos quisistéis con nuestro padecer dar pruebas de vuestro amor á Dios nuestro Padre, de quien reparaste la gloria, y á los hombres de quienes reparaste la pérdida, y á vista de esto nada ha parecido poco á vuestro amor y nada ha podido bastar para apagarlo. ¡Ah! si después de tanto padecer de parte de nuestro Salvador no concebimos una vez la gravedad del pecado y el rigor de la justicia divina, la necesidad de sufrir y de hacer penitencia; si no nos consolamos en nuestros temores, si no somos confortados en nuestros temores, si no nos desprendemos de los placeres, enemigos de la carne, si no somos constantes en las tentaciones, si no nos movemos, nos enternecemos y quedamos penetrados del amor mas ardiente, esto procede de que jamás hemos meditado como se debe cuanto Jesús ha padecido por nuestro amor. Sufrir mucho; he aquí el júbilo del cristiano. Si nos lamentamos, comparemos esto mucho con lo de nuestro Maestro, y entonces lo que nosotros llamamos mucho nos pareciera bien poco.

Sexto. *Era necesario... ser reprobado...* declarado que no era él el Cristo y condenado por haber dicho que lo era... ¡Ah! después de un tal ejemplo, repruébese enhorabuena el mundo, desécheme y tráteme como le agrada, que con tal que yo sea siempre de Jesucristo, poco me importa.

Sétimo. *Era necesario... ser reprobado por los ancianos...* que eran los senadores ó consejeros del grande consejo, en que se juzgaban los negocios de la religion y que eran por la mayor

1 Ad Cor. c. XV, v. 47.

parte de la secta de los fariseos. Por los principes de los sacerdotes, que eran tambien miembros del gran consejo. Y por los escribas... que eran los doctores y los intérpretes de la ley; para que cuanto habia en la nacion de mas grande, de mas elevado por el carácter y por la dignidad y de mas estimado por la doctrina, concurriese á este solemne y decisivo juicio. Pero cómo después de esto ha podido Jesús ser reconocido por el Cristo, no solo de muchos judíos, sino tambien del mundo entero?

Octavo. *Era necesario... ser muerto...* La muerte es el último esfuerzo de la potencia humana en quien se hace morir y el fin de toda sujeción á la potencia humana en quien se hace morir. Con que los enemigos de Jesucristo triunfaron y nada podrá ya Jesucristo cuando será ya muerto? Si, sin duda, si su potencia fuere solamente humana; pero si él es Dios, él y sus siervos triunfarán después de la muerte y los que los habrán muerto serán confundidos.

Novo. *Era necesario... resucitar tres dias después...* He aquí una predicción que jamas ha hecho ninguno, ni se ha atrevido á hacer. Tocaba solo á un Dios anunciar un suceso semejante. El término no era largo, y si hubiese habido algun engaño, el error no debía durar mucho tiempo... He aquí lo que repara abundantemente, ó por mejor decir, lo que previene eficazmente el escándalo de la cruz... Jesucristo sufre y muere; yo no me escandalizo mas, él debe resucitar. Sus discípulos sufren y mueren por él con júbilo; lo creo sin dificultad, deben resucitar con él. ¡Oh mundo! no pasa de aquí tu poder; está estrechado á los breves limites de esta vida; la muerte es su último termino fatal, fuera del que tú mismo confiesas que no puedes cosa alguna. Sabe, pues, que el poder de mi divino Salvador se extiende mucho mas allá de la muerte. Yo, pues, viviré por él, sufriré y moriré con él, para resucitar y reinar eternamente con él.

He aquí los tres grandes misterios de Jesucristo, su divinidad, su muerte y su resurrección. He aquí al mismo tiempo, por participación, los tres misterios del cristiano, su bautismo que lo hace hijo de Dios, su muerte al mundo que lo hace un objeto de desprecio; su resurrección, que hace su esperanza y hará su eterna felicidad.

PUNTO III.

OPOSICIÓN DE SAN PEDRO Á ESTA PREDICCIÓN.

San Pedro lleno de amor por Jesucristo, pero poco instruido de sus caminos, sobreogido de las primeras palabras de su Maestro y poco atento á las últimas, no pudo contener su celo... No solo quedó sorprendido, sino tambien alterado,

indignado, y cogiendo á Jesús aparte, le hizo en el primer momento de su dolor una especie de reprensión. . . . "Y Pedro tomándolo aparte, comenzó á increparle, diciendo. . . . Lejos esto de ti, Señor; no te sucederá esto. . . . Mas él volviéndose, y mirando á sus discípulos, amenazó á Pedro diciendo: veto lejos de mí; Satanás, tú me sirves de escándalo; porque no entiendes las cosas de Dios; sino las de los hombres. . . ." Examinemos aquí dos cosas.

La primera. *Si no imitamos también nosotros á san Pedro y no merecemos la reprensión que Jesucristo le hizo. . . .* de hecho. Primero. ¿Qué gusto tenemos nosotros de las cosas de Dios para la mortificación, para la penitencia, para la humillación, para la oración, para la comunión; en una palabra, para todos los ejercicios de la religión? ¿Qué gusto, por el contrario, no tenemos para todo aquello de que van en busca los hombres, para los divertimientos, para la disipación?

Segundo. *¿No somos, por ventura, para aljuno de nuestros hermanos un motivo de escándalo? ¿No lo apartamos nosotros acaso, por medio de un falso amor ó de un gusto terreno, de las cosas de Dios, esto es, consagrarse á Dios, de ejercitar las obras de piedad ó de vivir una vida santa y regular? ¿no hacemos, por ventura, en el mundo el oficio de Satanás? ¿no ahuyentamos á nuestros prójimos de la práctica del bien, con nuestras bfeas, con nuestras sátiras, con nuestras injurias, nuestros desprecios? ¿no los animamos á hacer el mal con nuestras sollicitaciones, con nuestras promesas y con nuestros ejemplos?*

La segunda. *Si imitamos nosotros á Jesucristo sirviéndonos de su respuesta. . . .* "Teje lejos de mí, Satanás. . . . tú me sirves de escándalo. . . ." Primero, respecto de aquellos que por una falsa ternura querrian oponerse á nuestra verdadera felicidad, impidiendo el que nos consagramos al servicio de Dios en el estado á que nos llama. Segundo, respecto de aquellos que por falta de afecto á las cosas de Dios, querrian alejarnos de los ejercicios de la penitencia y de la devoción. Tercero, respecto de aquellos que nos muestran un amor profano y nos ponen en peligro de caer en las asechanzas del demonio. A todas estas personas respondamos con Jesucristo en tono de amenaza y de indignación. . . . andad lejos de mí. . . . vosotros me forzáis á trataros de enemigos, desde que me impedís ser de Dios, ya no soy vuestro.

PETICION Y COLOQUIO.

Si, ¡oh Señor! tal será mi firmeza para vencer todos los obstáculos que la estima, la compasión y la falsa amistad de los hombres podrán ofrecermene en el cumplimiento de mis obligaciones y en los sacrificios que pida vuestra ley. Ya no escucharé mas los falsos y vanos pretextos, las frivolas interpretaciones, ni los avisos funestos, pa-

ra dispensarme. Me separaré tambien cuando sea necesario de aquellos que me son mas amados. ¿Y este sacrificio, ¡oh Dios mio! no lo debo yo acaso al que vos debéis hacer de vuestra vida y de que aquí removeis los impedimentos hasta tratar con una extrema severidad un apóstol amado que quiere disuadirlos? ¡Oh Jesús! levántame como á Pedro mucho mas allá de la carne y de la sangre, para que no tenga otro gusto que de las cosas de Dios y desprecie constantemente todas las cosas de la tierra. Amen.

MEDITACION CXXXVII.

INSTRUCCION DE JESUCRISTO AL PUEBLO.

SOBRE LA SALVACION.

San Mat. cap. XVI, v. 24.
26.—San Mar. c. VIII, v.
34, 38. San Lúcas, cap.
IX, v. 23, 25.

Jesucristo nos demuestra aquí primera, la dificultad; segundo, la necesidad; tercero, la importancia de la salvación.

PUNTO PRIMERO.

DIFFICULTAD DE LA SALVACION.

"Entonces Jesús. . . . llamó á sí las turbas, con sus discípulos les dijo: Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese así mismo, y tome su cruz. . . . cada día, y sígame. . . ." Cuatro cosas pide de nosotros para obrar la salvación.

Primera. *La voluntad. . . .* voluntad libre, que no pueden dar los hombres ni forzarla. La gracia misma, que sola puede dar la voluntad de obrar la propia salvación, no necesita á alguno, y deja siempre al hombre su libertad, de que frecuentemente abusa para su daño. Esperar una gracia que lo haga en nosotros, sin nosotros es confundir la redención con la creación; la vida eterna con la vida natural. Sin esperar, pues, otra cosa, determinémonos hoy y digamos sinceramente: Sí, quiero salvarme. *Voluntad ferrea.* Observemos lo que hacen los hombres cuando quieren una cosa: el negociante que quiere enriquecerse, el hombre de letras que quiere ser sabio, el guerrero que quiere adquirir gloria, el cortesano que quiere adelantarse, todo hombre que quiere llegar á cualquier término. La voluntad de que están animados, les hace entender todo aquello que los conduce á su fin, y evitar todo aquello que les aleja de él. . . . Nada encuentran imposible, nada desesperado, nada difícil para llegar al término que se ha prefijado.

Voluntad continua: ella jamás los abandona, les acompaña en todo lugar, y en todas las cosas les dirige: en cualquiera cosa que estén ocupados, no pierden jamás de vista el término á que aspiran: siempre caminan á él, y sin cesar se acercan lo mas que pueden. Tal debe ser en nosotros la voluntad de salvarnos.

Segunda. *Abnegacion de sí mismo.* El amor desordenado de nosotros mismos en perjuicio del que debemos á Dios, es el origen de todos los pecados y la abnegacion de nosotros mismos, para buscarnos solo en Dios, y para Dios es su remedio. Esta abnegacion tiene diferentes grados: el primero excluye todo pecado mortal, y nos pone en la disposicion de antes morir que desobedecer á Dios, y perder su gracia. El segundo excluye todo pecado venial conocido y deliberado. El tercero se ejercita sobre las imperfecciones y sobre los ataques del amor propio que penetra por todas partes, aun en el ejercicio mismo de la virtud. Cuanto mas se adelanta un cristiano en este último grado, tanto mas goza de paz, de libertad interior y de consolaciones del Espíritu Santo. Si estamos aun sujetos á cualquier pecado ó á cualquiera pasión; si alguna cosa nos impide adelantarnos en la virtud y en los caminos de la vida interior, esto procede de no haber aun entendido y practicado nosotros esta palabra de Jesucristo. . . . "Niéguese á sí mismo. . . ."

Tercera. *Levar la cruz.* Hay cruces de muchas suertes. Las unas son extraordinarias y solamente propias de los tiempos de las persecuciones, y consisten en suplicios y en la muerte; tal es la que ha llevado Jesucristo y la que después han llevado tantos mártires. Nosotros debemos como ellos, estar dispuestos á morir por la fe y establecernos tanto mas en esta santa disposicion, cuanto puede ella tener lugar en tiempos en que menos lo pensamos. Las otras cruces son ordinarias y de todos los tiempos; y entre estas hay algunas que son necesarias ó involuntarias: tales son por parte de la naturaleza las incomodidades de la vida, las enfermedades del cuerpo, la debilidad de la edad, el rigor de las estaciones; de parte de la fortuna, las pérdidas, las desgracias, los contratiempos, los desórdenes de los negocios, la necesidad y la pobreza; de parte de los hombres, su odio, su desprecio, sus discursos, sus persecuciones, sus defectos y sus humores; de parte de nosotros mismos, nuestro genio, nuestras faltas y nuestras recaídas. ¡Cuántas cruces nos presentan por todas partes que nosotros no podemos evitar, y que nos vemos en necesidad de llevar! ¡Ah, cuántos méritos! ¡Cuántos medios de satisfaccion, si las llevamos, como es necesario y segun el espíritu del cristianismo! ¡Y de qué nos sirve llevarlas de paganos, de gentiles, con disgusto, con despecho, con mil quejas! Ellas se nos hacen siempre mas pesadas por llevarlas de este modo; están sin un-

cion de parte de Dios y de la nuestra, sin mérito y sin esperanza de recompensa. Finalmente, hay cruces voluntarias y de eleccion; tales son las mortificaciones y las penitencias que cada uno se señala á sí mismo, y un órden de vida y de santas ocupaciones á que se sujeta; tales son las penas anxas á un estado que se escogió, y en que un cristiano ha entrado para santificarse: el cumplimiento exacto de las obligaciones de este estado, la dependencia continua de la voluntad, la privacion de los bienes, de las comodidades y aun de las cosas necesarias que conviene experimentar, y algunas veces el tedio y el disgusto que puede ocasionarnos de tiempo en tiempo una larga continuation de ejercicios y de ocupaciones reguladas; tales son las cruces de que tanto menos debemos lamentarnos y llevar con tanto mayor consuelo, cuanto son de nuestra eleccion y las hemos abrazado nosotros. ¡Ah! No nos arrepintamos de haberlas escogido; perseveremos en ellas con valor y constancia, y moriremos en ellas con consuelo.

Cuarto. *Seguir á Jesucristo.* Renunciar á nosotros mismos, hacernos violencia, sufrir, llevar nuestra cruz; esto no basta, si no lo hacemos por Jesucristo, caminando detrás de él y uniéndonos á él. Pero en el sufrir por nuestro divino Salvador, pensemos que él nos precede, que ha sufrido por nosotros mas de lo que nosotros podemos sufrir por él, y que si lo seguimos en su vida y en su muerte, lo seguiremos tambien en su resurreccion, en su ascension y en su reino, mientras los otros serán excluidos, y caerán en el infierno. Escojamos ahora, y veamos lo que queremos: "si alguno quiere" el camino está ya abierto y trillado, y el término es bien sabido.

PUNTO II.

NECESIDAD DE LA SALVACION.

"Porque el que quisiere salvar su alma, la perderá; y el que perderá su alma por mí, y por el Evangelio, la salvará. . . ." En la economia de nuestra salud, cuatro cosas son de una necesidad absoluta é independiente de nosotros.

Primera. *Necesidad de nuestra ser.* Nosotros no hemos sido criados por nosotros mismos: nosotros no nos hemos dado la vida á nosotros mismos: es Dios el que nos ha dado el ser y la vida á todos los hombres y á mí en particular: él es el que ha regulado el tiempo, el lugar, la duracion y todas las circunstancias. No ha dependido de mí el quedarme en la nada ó salir de ella, y no depende de mí quedar entre los existentes ó volver á entrar en la nada. El ha querido que yo fuese una alma espiritual é inmortal; esto es y esto será. Si yo deseara que esto fuese